

EL MEDICONEJO EN EL AMAZONAS

Caían las primeras gotas de lluvia en el Parque del Retiro.

Las hormigas se dirigían debajo de las setas para refugiarse, los pájaros se construían gorros improvisados con cáscaras de nuez y las ardillas usaban las hojas más grandes para hacerse chubasqueros.

Estaba llegando el otoño.

Esto implicaba que la consulta se llenaba de patos acatarrados por las bajas temperaturas del estanque. Lo que no me podía esperar es que cuando llamé a Cleotilde a través del interfono para que hiciera pasar al siguiente paciente, apareciera un Tucán.

Mi sorpresa aumentó cuando Everaldo (nombre que recibía mi visitante) solicitó mi ayuda para ver si podíamos curar a toda su comunidad, víctimas de lo que llamaban una enfermedad occidental que habían traído los perros de los hombres que día tras día se encargaban de taladrar la preciosa selva del Amazonas en donde vivían.

Rescatando mi ropa de verano de los altillos de mi madriguera, tardé 10 minutos en preparar una mochila y ponerme unas gafas y un casco para poder subirme a lomos de Everaldo y trasladarme a Brasil.

Durante el viaje, aproveché para leer sobre la selva del Amazonas, ya que con sus más de 6 millones de km² repartidos entre ocho países (Brasil, Perú, Colombia, Bolivia, Ecuador, Guyana, Venezuela, Surinam y Guyana Francesa) iba a encontrar plantas y animales totalmente desconocidos para mí y no quería perderme nada.

A nuestra llegada, menos mal que Everaldo me dejó en su nido, en lo alto de un árbol, porque desde allí veía amenazantes los ojos de un jaguar y un puma.

- Jajaja, ¿todo bien Doctor Monty? No tengas miedo, aquí en la selva todos los animales somos amigos, pero como todo tiene tanto color, tu pelo blanco les resulta muy llamativo. Pero eso tiene fácil solución... ¡déjalo en mis manos!

Everaldo, acompañado por un guacamayo y un tapir se encargaron de dar pequeños picotazos a troncos, ramas y flores hasta sacar pigmentos de mil colores y pintar mi cuerpo con ellos.

- Ya está. ¡Ahora pareces uno de los nuestros! No perdamos más tiempo, y vayamos a la cabaña de Urdi
- ¿Quién es Urdi?
- Es la tortuga más sabia de la tribu y nuestro curandero. Lleva varios meses entre libros, intentando buscar la solución a la enfermedad de mis hermanos, pero sin ningún éxito.

No sé si era mi nuevo “disfraz” o la esperanza que tenían en que yo resolviera el enigma, pero la entrada al poblado parecía una fiesta. Guirnaldas hechas con lianas, cánticos de ranas y de los pájaros más raros que podáis imaginar y cestas enormes de frutas exóticas.

Urdu salió de su caparazón para recibirme, e indicándome con su bastón de mando, me pidió que me sentara en un dialecto llamado Java. Un loro de su séquito me fue traduciendo sus mensajes.

Permanecimos 5 días con sus 5 noches repasando libros antiguos de medicina, chequeando el estado de los tucanes y preparando diferentes pocimas, hasta que por fin, dimos con la solución. Los pájaros habían sido infectados por la mordedura de las garrapatas que tenían estos perros.

Una vez curados los tucanes, la bondad infinita de Urdu le llevó a proponer que fuéramos al campamento de los leñadores para curar a los perros y evitar así futuros contagios.

Con lo frondosa que es la selva, volar hasta el campamento de los humanos era demasiado peligroso, así que decidimos trasladarnos a través del río Napo subidos en pequeñas canoas hechas con caucho.

Llegamos siguiendo la corriente, hasta que la luz de una fogata no indicó que habíamos llegado a nuestro destino. Desgraciadamente, no se trataba de una hoguera pequeña para darles calor, sino de un gran fuego para quemar una gran superficie y construir casas. ¡Teníamos una emergencia!

- ¡Eh! Vosotros... sí, los monos de ese árbol, trepad y avisad a Urdu. No podemos perder tiempo.
- ¡Vamos volando!

Es increíble, que aunque no tuvieran alas, con sus saltos de árbol a árbol, en 2 minutos toda la tribu estaba movilizada.

Los perros de los leñadores se habían acercado al río por miedo al fuego, así que les pusimos las inyecciones para curarles y con ello ganamos 4 amigos más.

Everaldo y el resto de aves cargaron en sus picos litros de agua que se encargaron de vaciar mientras sobrevolaban el incendio. Parecían los aviones de los bomberos que una vez vi haciendo una demostración en el Retiro, llenando sus cubos en el estanque.

Los perros e incluso el jaguar y el puma que tanto miedo me habían dado a mi llegada, se engancharon cubos de agua con lianas a su cuerpo que otros compañeros se encargaban de lanzar a las llamas.

Un ejército de hormigas, llevando un grano de arena cada una, consiguió hacer un montón que usamos para hacer un cortafuegos y tras 9 intensas horas, conseguimos apagar esa zona y salvar a los animales de la misma.

Volví al poblado para relatar nuestra aventura a Urdu y una vez recuperadas las fuerzas, despedirme de mis nuevos amigos y emprender la vuelta a casa con un sabor agridulce. Habíamos curado a los tucanes y a los perros y apagado un fuego, pero cada día habría nuevos intentos a los que no llegaríamos y el futuro de ese paraíso natural está en peligro.